

Un cuento animado por un retrato desplegado en el Museo Meadows

Bryan Jones
SMU

Este cuento está basado en la obra de Ignacio Zuloaga y Zabaleta (Eibar, 1870-1945), *Retrato de la duquesa de Arión, marquesa de Bay* (óleo, 1918)

Antonia había tomado una decisión muy importante para su futuro, pero todavía era un secreto. Más aún, sus parientes no tenían ninguna idea de que ella pudiera tomar una decisión por sí misma, mucho menos que pudiera pensar en un trayecto diferente del que parecía obvio para todos. Venía de una familia de raíces nobles que se extendían mucho más allá antes de la Reconquista, y era de tal envergadura, que el rey mismo no se atrevía a tomar una decisión sin pedir el consejo del general Luis Macías y Vega, marqués de Sedano y abuelo de Antonia. La reina, por su parte, se inclinaba ante la sabiduría de su abuela, la marquesa, en los puntos sutiles de protocolo que gobiernan las tertulias de las damas de honor.

Al general Macías se le vio al frente de las últimas tropas que salieron de Cuba, con la espalda recta, los bigotes bien cuidados, y los ojos mojados. El marqués, hoy en día de pelo calvo, no dudó en poner a su hijo el capitán en un cargo de peso y peligro en el Cuerpo de Ejército Marroquí, donde sin ningún retraso el capitán Macías se volvió coronel Macías al rescatar un regimiento de un sitio pésimo, abrumado por rifeños rebeldes.

Los padres pretendían criar a su niña en los valores de sus antepasados y querían que ella fuera agradable, educada y sumisa, expectativas reforzadas por sus abuelos, sus tíos, y las monjas estrictas del internado para las señoritas de las mejores familias del país donde Antonia se había educado. Según la filosofía de las monjas, los desayunos de avena, tan fría como los suelos de los dormitorios, y las tareas de cortar patatas y zanahorias en el sótano no les permitían a las internas olvidarse de su humildad y la necesidad de merecer las bendiciones del Salvador.

Las monjas nunca se daban cuenta de que Antonia se despertaba con ojeras al escribir cuentos en su cuaderno en mitad de la noche con la luz de la luna. Cuando echó de menos a su mamá y no pudo dormir durante su primera noche en el internado, escribió. Cuando se encaprichó con una de las niñas mayores, escribió. Cuando murió Josefa, su tía favorita, escribió. Mostraba su cuaderno solo a su amiga cercana Carmen. Cada vez que Carmen veía a Antonia de ojeras, le decía:

—Pues, ¿qué pasó, amiga? Dímelo.

El retrato era la idea de su madre para celebrar su compromiso con Ramón. El chofer condujo a las damas y el artista desde Madrid a la finca familiar. El artista le indicó al chofer el camino a una colina pequeña. Ellos anduvieron camino arriba por un rato corto.

Al disponer sus herramientas y comenzar a pintar, el artista dijo:

—Señorita, su vestido es bellissimo. Mire cómo reluce con el sol.

—Claro que sí, joven.

—Antonia, siempre vas a la moda sin ser llamativa, mi cariño—, respondió la madre, quien a continuación añadió:

—En verdad, a primera vista, este lugar me pareció raro pero las apariencias engañan. ¡Me encanta! Ah, ¡veo tu pequeña sonrisa, hija! ¿Estás pensando en Ramón?—

—Mamá, estoy pensando en mi lista de deberes—, dijo la joven. Era la verdad. Estaba pensando en sus deberes: hacer maletas, recoger sus cuadernos, su máquina de escribir y los bonos ingleses que ella había heredado de su tía Josefa y los que su papá olvidaba entregar al banco. Estaban todos escondidos en el apartamento de Carmen. Estaba pensando también en si

Ramón y ella podrían contar con su amigo Miguel, cercano pero hablador, para conducirlos a Lisboa sin que nadie se diera cuenta.

Mientras posaba, estaba recordando el almuerzo anual para celebrar la primavera en el Club de Tiro del que el general Macías era el presidente y cuya junta de membresía dirigía el padre de Ramón, cuando los dos se sentaron a la misma mesa por los vínculos de los varones mayores.

—Nuestra amiga Carmen me dijo que te gusta escribir. ¿De qué escribes?—, Ramón le había preguntado.

—Escribo sobre lo que siento—, había contestado ella. —Carmen me dijo que te gusta tomar fotos. ¿De qué tomas fotos?

—Tomo fotos de lo que veo—contestó él. Vale, vámonos y busquemos cosas sobre las cuales vale la pena ver y sentir. Tal vez tú escribas y yo fotografíe.

Condujeron a la Peñalara, arrastrando a Carmen con ellos para guardar las apariencias. Ramón tomó fotos de las damas andando por las praderas y Antonia escribió un poema.

—Antonia, ¿no me oyes? ¡He estado hablando hasta por los codos y no has oído nada! Hija, déjame arreglarte el pelo. Se te ha desordenado por el viento—, dijo la madre. —También vamos a arreglarte el maquillaje. ¿Por qué tienes tantas ojeras?

—No se preocupe, señora, hago milagros en mi taller—, dijo el artista.

Después de aquel almuerzo, Antonia y Ramón descubrieron muchas otras cosas que animaban a la escritora y al fotógrafo, incluso más que aquellas que animaron la tarde en la Peñalara. También descubrieron muchas cosas que no los animaban de ninguna manera, como el propósito del padre de que Ramón se fuera a Marruecos por un buen rato y subiera el rango militar, o la idea de la marquesa de que, después de parir un puñado de hijos, Antonia participara en las actividades de las esposas militares y los té de las damas del club de disparo. Pero era obvio para todos que estaban enamorados y puesto que ambos eran de las mejores familias, los padres brindaron por su compromiso.

Ellos hicieron planes para la boda; mientras tanto, Ramón compró dos boletos para el buque que los llevaría desde Lisboa hasta Buenos Aires. Antonia y Ramón pensaban vivir en los Andes, y después... ¿quién sabe?

—Señora, señorita, pienso que hemos hecho bastante hoy. El sol va a ponerse en una hora—, dijo el artista.

—Su trabajo es bellissimo, joven. ¡Será alucinante! ¿Qué piensas, hija, no es así? Vámonos, ¡tenemos muchos planes, tenemos bastante por hacer!—, dijo la madre.

—Sí, mamá, tiene razón. Tengo muchos planes—, dijo la mujer. Tomó a su madre de la mano y anduvieron cuesta abajo por la colina hacia el coche.

A la medianoche, Carmen llamaría a Antonia para rogarle que se fuera al hospital por una urgencia de una amiga enfermera. Al salir de la casa, ella se reuniría con Ramón y Miguel, y los tres conducirían a Lisboa. Se acomodaron en el coche, pero antes de eso la joven besó a su madre y sonrió. Como una mamá siempre dice, las apariencias engañan.

Aunque el retrato que animaba este cuento es de una persona real, no tiene que ver ni con ella ni con alguna persona en la vida real, viva o muerta.